

A veces prosa

Dos librerías en América

Adolfo Castañón

I. ENRIQUE FUENTES CASTILLA: *ANTIGUA MADERO LIBRERÍA: EL ARTE DE UN OFICIO*¹

En esta edad inclemente y despiadada de masas, dictaduras y de pavorosa uniformidad, se agradece, como agua fresca en el desierto, la presencia refrescante y actualizadora de la esperanza de algo tan personal y tan cívico como la Antigua Librería Madero, animada por don Enrique Fuentes Castilla y su equipo. Se entra a ese espacio para poder respirar después de haber contenido el aire durante mucho tiempo; es la Antigua Librería Madero un verdadero alivio. Ahora estamos saludando la aparición de un libro hecho para Ediciones La Caja de Cerillos, a cargo de Andrea Fuentes Silva. Es un libro de homenaje. Un libro tan bien hecho que no se sabe qué alabar primero: si al sujeto y al espacio homenajeado, o bien a la edi-

¹ Enrique Fuentes Castilla, *Antigua Madero Librería: el arte de un oficio*, La Caja de Cerillos Ediciones, México, 2012, 123 pp. Auspicios y patrocinios del Fideicomiso del Centro Histórico.

Índice:

Informe desde el estante, Jorge F. Hernández

Enrique Fuentes: un librero anticuario en el México del ayer porvenir, Adolfo Castañón.

Las redes ocultas del libro. Breve ruta de su andar y arenga por sus virtudes, Enrique Fuentes Castilla.

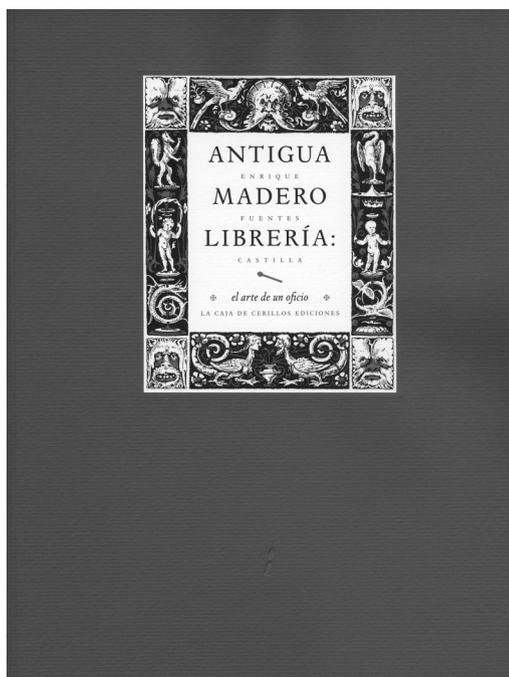
Testimonios: Antonio Calera-Grobet; José María Espinasa; Jordi Espresate; María Isabel Grañén Porría; Darío Jaramillo Agudelo; Vicente Leñero; Ernesto Lumbreras; Carlos Martínez Assad; Myriam Moscona; Verónica Murguía; Juan Pascoe; Vicente Rojo; Esther Acevedo; Antonio Saborit; Vicente Quirarte; Carmen Saucedo; Carla Zarebska; Esther Acevedo; Alberto Aranda Cervantes; Ignacio Becerra Araujo; Gilberto Ramírez Toledano; Jarootun Kopoian; Francisco Zapata O.

Vistas

Artículos

Dedicatorias

Epílogo: semblanza del librero



ción y a la editorial que presenta, de perfil y en una nuez —una nuez de Castilla— un panorama de la ilustración, de la cultura del libro y de las letras en México.

El libro es un desafío para el reseñista, es un marsupial: aloja una historia de la imprenta y del libro en México escrita por Fuentes y en él conviven la historia —universal y municipal— y el álbum familiar. Más allá, este libro rojo, color cerillo, del libro en México es un libro singular que se publica y presenta para saludar una resurrección: la mudanza de la Librería Madero, fundada por don Tomás Espresate en 1951, luego heredada por Ana María Cama Villafranca y, finalmente, recreada para Enrique Fuentes Castilla, quien se merece este homenaje que le tributan sus amigos, sus hijos, naturales y adoptivos.

¿Cómo definir o reunir, cómo aludir a la esencia que distingue a la Librería Madero, indiscernible de la ahora Antigua Li-

brería Madero, en que ella misma, al fin, se ha transfigurado?

Llevo semanas preguntándome: ¿será que la Antigua Librería Madero es un túnel mágico, un espacio pasadizo en donde se ayunta el Aleph de las coincidencias, el Aleph de las constelaciones que armonizan la convivencia entre los vivos y los muertos?; ¿cómo le hace Fuentes para conseguir una primera edición de Alfonso Reyes dedicada a Rosario Castellanos, o una colección completa de *Papeles de Son Armadans* de Camilo José Cela? Es cierto que él ha hablado con más modestia y talante enigmático que con ánimo de descubrir los secretos de su lámpara de Aladino, de las redes ocultas del libro. Es una buena expresión y que resulta útil para evocar, ocultándolo un hecho: el de que esta librería que yo visito como un santuario y un oasis concentra entre sus paredes la posibilidad de viajar en el espacio y en el tiempo. Y doy fe de que es

un lugar de peregrinación: conozco gentes y clientes que vienen desde Ciudad Juárez, Torreón, Pachuca, Veracruz o Guerrero a la librería que se levanta orgullosamente, gracias a Don Enrique y sus amistades, como un baluarte de la memoria mexicana e hispanoamericana. En la calle de Madero, la librería era vecina de la Óptica Turatti, fundada a fines del siglo pasado por el mismo que construyó la casa donde moriría León Trotsky. Al igual que la tienda donde se venden lentes y artículos para mejorar la visión, las librerías en general, y ésta en particular, misteriosa, que se ha mudado de parámetros geográficos *sin cambiar realmente de lugar*, funcionan como instrumentos para mejorar nuestra visión, en este caso la visión de nuestras constelaciones interiores que se acomodan en las estanterías inocentemente, como si exhibieran nada más estos objetos enigmáticos llamados libros que, para los conocedores y catadores, se alzan como potencias formidables entre los entrepaños —una especie de refinería de las coincidencias donde oculta lo culto.

Este túnel mágico o encrucijada magnífica —donde he conocido a personas tan admirables y tan distintas, tan convincentes por su belleza interior o exterior— representa en realidad un desafío para la ciencia, pues ¿cómo van a explicar los científicos que al mudarse del domicilio físico que tenía la Madero en la calle del mismo nombre, casi esquina con Gante, se haya vuelto más ella misma ahora que está en la esquina de Isabel la Católica y San Jerónimo, en las inmediaciones del Claustro de Sor Juana, custodiada por el ángel de la guarda de Daniel Cosío Villegas que pasó ahí su infancia y de los españoles que fundaron El Ateneo, como ese viejo León Felipe que se sentaba en un sillón en la Librería Madero y que se pasea como un ángel guardián? ¿Qué misterio une a las estanterías de la editorial Séneca, fundada por José Bergamín con éstas de la Antigua Librería Madero, que son otras y son las mismas? Son misterios que el niño que habla y calla en mí no sabe cómo explicar. Quizá Fuentes lo sepa.

Esta librería, aparentemente tan inofensiva, es una admirable maquinaria de ingeniería arqueológica, diseñada para explorar quién sabe cómo los yacimientos ocultos

de la historia; es también como una cobija —quizás un poncho o sarape de Saltillo—, un oasis, y sus clientes y devotos componen varias sectas, que no siempre saben comunicarse entre sí, y a las cuales él les va hablando a cada una en un idioma particular. Esto prueba que Enrique Fuentes Castilla es políglota y sabe hablar a cada especie en su idioma.

Ahora sólo puedo agradecer a Andrea Fuentes y a Alejandro Cruz Atienza, al Estudio Mano de Papel, a Carlos Aguirre, Felipe Ehrenberg, Carmen Parra, Rodrigo Téllez, a Tonatiuth Bracho, Quetzal León, Ignacio Plá y Cristóbal Henestrosa y a sus colaboradores: don Álvaro, doña Lucía, a Efraín y a Luis, que le hayan hecho este libro-tesoro a Enrique Fuentes Castilla, mezcla de médico y de consejero espiritual, amigo y juez, inveterado historiador de lo inmediato y espectador de lo visible e invisible, quien sigue guardando en su interior la sonrisa luminosa del niño-Dios que llamaba la atención de quienes hace muchos años lo pedían en préstamo para exhibirlo en Navidad. Por eso esta noche es también un poco Nochebuena.²

II. KATYNA HENRÍQUEZ CONSALVI (COMP.), *LAS PALABRAS DE EL BUSCÓN. MEMORIAS DE UNA LIBRERÍA 2003-2009*

La aparición de *Las palabras de El Buscón. Memorias de una librería 2003-2009*, compilado por su animadora Katyna Henríquez Consalvi, con un prólogo de Rafael Cadenas y un prólogo (“Gutenberg en El Buscón”) de Simón Alberto Consalvi, presenta un acontecimiento editorial por más de una razón. Reúne ciento once “Palabras de presentación” a otros tantos libros principalmente venezolanos. En sus páginas conviven autores como Simón Alberto, Rafael Cadenas, además de Eugenio Montejó, Rafael Castillo Zapata, Armando Rojas Guardia, Antonio López Ortega, Edda Armas, Rafael Arraiz Lucca, y Octavio Armand, entre muchos otros. Trazan

² Palabras leídas en el acto de presentación del libro de Enrique Fuentes Castilla: *Antigua Librería Madero, el arte de un oficio*, el martes 6 de noviembre de 2012, a las 19:00 horas, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes.

Las palabras de El Buscón un amplio archipiélago literario artístico, político, cultural que es, de un lado, una serie de retratos con paisaje, una red de paisajes, un diagnóstico del estado de la cultura crítica y civil de Venezuela, y aun de Hispanoamérica. Estas *Memorias de una librería* obligan al lector invitado a hacerse no pocas preguntas. Elijo algunas: ¿Qué es una librería? ¿Qué es un librero? Katyna define a El Buscón como “una librería de autor”. Una librería como las legendarias de *Shakespeare and Co.* de Sylvia Beach o la de Adrienne Monnier, donde convivían las novedades exquisitas con los libros de autor y selectos de antaño. Ricardo Ramírez, librero de El Buscón entre 2005 y 2009, cita dos anécdotas en la página 453 del libro, que pueden dar idea del perfil espiritual de ese librero personal:

“Recompensas: conseguir el libro que alguien lleva años buscando. Puede ser un joven buscando respuestas, una señora avivando nostalgias. Un señor llega un día y me pregunta si tenemos algo de la poesía de Carlos Borges, el sacerdote venezolano de tiempos de Gómez, marcado por la polémica de lo erótico de sus escritos. Le digo que no, pero trataremos de conseguirlo. Lo hago y el señor viene. Casi llorando me dice: ‘Estos textos me cambiaron la vida, me enseñaron a amar. Me los sé de memoria. Sólo quería comprobar que no fue un sueño eso que leí hace cincuenta años. Gracias’.

“Conozco a una muchacha fanática consumada de Dickens (como lo soy yo). Hablamos mucho siempre de él. Un día, después de revisarlo bien, descubro en nuestras cajas una primera edición de Dickens (1873). *The Pickwick Papers*. Un día la veo pasar afuera, la llamo y la pongo en sus manos. Estuvo unos tres cuartos de hora tocándolo, revisándolo. Dio las gracias y se fue. Por cosas de la vida, leo en un blog un comentario de ella diciendo que fue una de las mejores experiencias de su vida en ese momento. Eso es ser un librero. Quien no entienda eso que renuncie y que se vaya”.³

En México hay una librería hermana de El Buscón: la de Enrique Fuentes, la Librería Madero en la calle del mismo nombre, que durante un momento pareció amenazada de muerte sólo para resucitar, campan-te y renovada unas calles más allá. Insisto:

¿qué es una librería de este tipo? Es, desde luego, algo más que una empresa meramente comercial, algo más que un punto mercantil, algo más allá de las librerías convencionales que suelen tener que ver más con los supermercados que con un espacio amigable, hospitalario y auspicioso y como hecho para que ahí se den cita los duendes, según dice en el “Álbum” al final del libro Álvaro Mutis citando a Eugenio Montejo, nuestro Eugenio de la guarda.

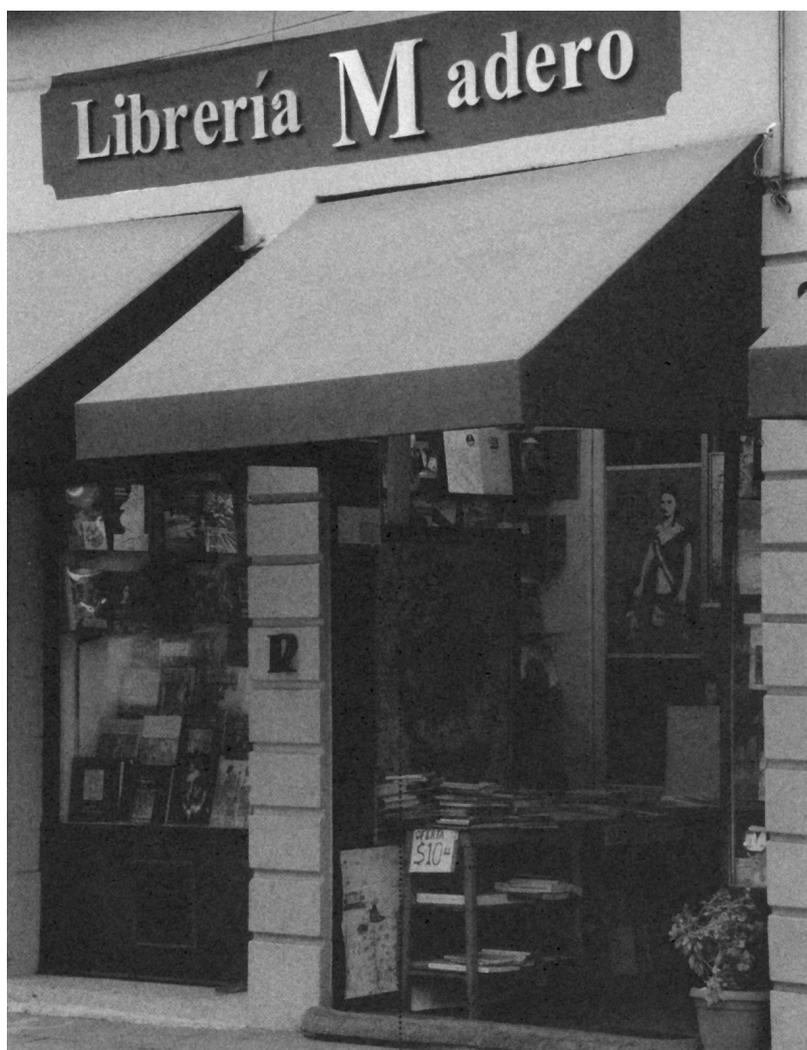
Ya se sabe: el tiempo, en una librería como ésta, corre de otra forma, se alimenta de otras cosas, como en su origen se alimentó este Buscón con los fondos de otra librería legendaria de Caracas, animada por dos señoritas hermanas que atesoraban para el eventual cliente elegido/electivo obras inestimables. Así es. Una librería como ésta se abre tal un secreto que va pasando de generación en generación, pasando incluso entre vivos y muertos. Es también, por lo mismo, un espacio de convergencia, un punto de reunión, como lo puede ser en Santo Domingo La Trinitaria, dirigida por doña Virtudes Uribe, la hija eminente del académico dominicano don Max Uribe, autor del ineludible *Diccionario de dominicanismos y americanismos*. Librería: espacio de convergencia, ámbito de conversación, punto de encuentro, lugar de resistencia civil y crítica, como lo fuera la desaparecida librería La Higuera, cuidada y fundada por François Maspero y donde llegaban a encontrarse, en cierta época en París, Jean-Paul Sartre, Samuel Beckett y Jean Paulhan, igual que hoy en Caracas en El Buscón se reúne en la penumbra de la entornos la inteligencia libre de Venezuela, acicateada, animada discretamente por esa tácita conversadora que es Katyna Henríquez, la librera que sabe oír y que habla a través de los libros que elige, como hablan los editores a través de su catálogo. En otro de los textos que se reúnen en este libro que evoca el lugar de los duendes, Eugenio Montejo, de nuevo él, cita una expresión cierta de la escritora venezolana Victoria de Stefano para situar un poemario de Gustavo Guerrero, ese caraqueño transatlántico y

³ *Las palabras de El Buscón. Memorias de una librería 2003-2009*, Katyna Henríquez Consalvi (compiladora), prólogo de Simón Alberto Consalvi, Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar, 2011, p. 453.

parisino. Habla Victoria de “el desolvido”. Se me ocurre que esta voz conviene para definir el lugar de esta librería que, con la publicación de sus memorias cumple ahora una función piadosa, medicinal, terapéutica y aun de sanación civil: la de ayudar a nuestro continente y a su país, en primer término, “a desolvidar”, a volver presente y presencia lo que se tenía como borrado o trasapelado; la de ayudar a mitigar esa “sobra de ausencia” que campea por nuestro continente a veces vacío, a veces vacío.

Una librería es por eso un “campo magnético”, un lugar donde las personas vivas y las personas hechas libro, cuando no transmutadas en época, se recargan y magnetizan con energías que vienen de lo más profundo, las más remotas y prístinas alfaguaras, los más recónditos hontanares. Por eso no es exagerado hablar aquí de un espacio crítico, una esfera abierta de diversión y de cristalización, casi diría de coagulación. Es también un laboratorio y un lugar donde se van filtrando las marcas y los ismos, las corrientes, las curiosidades, donde se van

infiltrando los billetes dentro de los libros, como ha contado Simón Alberto; un lugar que crea su propio tiempo, como si en él las personas conocidas se transformaran más fácilmente en épocas, y las fichas y fechas civiles dieran lugar a otro calendario, a un calendario de lo Otro. Un ámbito donde los cuentos de la vida expuesta a la letra se van tejiendo una historia, entreverando otra historia. Aquí, en *Las palabras de El Buscón* se enumera su resplandor. El libro es, desde luego, una guía para adentrarse en experiencias concretas, en libros particulares, poemas singulares, historias intransferibles que son reseñados por ciudadanos invariablemente militantes de la inteligencia dentro y fuera de su país. Librería y resistencia. Malicia, no milicia. Encierra este libro una guía de la inteligencia venezolana depositada en esa arca que a medio camino de la lámpara de Aladino y de la fábula de las regiones hace convivir al pueblo innumerable de genios buenos de la escritura y la lectura americanas. Es un libro raro, un libro feliz. **u**



Fachada de la sede original de la Librería Madero

© Aromatib, S. Hachis